

Jueves, 2 de febrero de 2017  
Fiesta de la Presentación del Señor

Lc 2, 22-40

*Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: Todo varón primogénito será consagrado al Señor. También debían ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o de pichones de paloma, como ordena la Ley del Señor.*

*Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley, Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo: "Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo Israel".*

*Su padre y su madre estaban admirados por lo que oían decir de él. Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: "Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos".*

*Estaba también allí una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la familia de Aser, mujer ya entrada en años, que, casada en su juventud, había vivido siete años con su marido. Desde entonces había permanecido viuda, y tenía ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Se presentó en ese mismo momento y se puso a dar gracias a Dios. Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Después de cumplir todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a su ciudad de Nazaret, en Galilea.*

*El niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él.*

Cuarenta días después de la Fiesta de la Natividad del Señor, la liturgia nos presenta una vez más al Niño Jesús junto con sus padres. Antes de la reforma litúrgica del

Concilio Vaticano II, el tiempo de Navidad duraba hasta esta fiesta. Hasta nuestro tiempo hay ciertos sitios donde mantienen el pesebre hasta este día.

Los padres de Jesús, fieles cumplidores de la Ley, llevaron a Jesús a Jerusalén para consagrarlo al Señor y para ofrecer su sacrificio. Así tuvo lugar el encuentro con el anciano Simeón, en quien estaba el Espíritu Santo, como nos indica el evangelio. Esta afirmación nos dice mucho sobre este personaje, pues significa que él vivía en la plenitud de la gracia, que ya en el Antiguo Testamento obraba en los justos. En la luz de este Espíritu pudo reconocer a Jesús como el Mesías. Esto es decisivo, pues es Dios mismo quien revela a Simeón quién es este niño: el Salvador de Israel.

También nosotros reconocemos en el Espíritu Santo quién es Jesús realmente y qué es lo que lo diferencia de otros profetas o sabios. Incluso si desde pequeños reconocemos con toda naturalidad que Jesús es el Hijo de Dios, esto es una obra del Espíritu Santo. Por la fe podemos conocer algo que muchos ignoran. Si nosotros mismos hemos experimentado lo que significa reconocer al Señor por el Espíritu Santo, o hemos sido testigos del momento en que otros lo reconocieron, entonces sabemos el gozo que llena el corazón en ese instante y las transformaciones que tienen lugar en la vida del que se encuentra con Jesús.

Cuando Simeón tomó al niño en sus brazos, pronunció estas maravillosas palabras, que recitamos todas las noches en las Completas: „Ahora, Señor, según tu promesa...“. Lo que experimentó Simeón en ese momento me gusta interpretarlo como una profecía de que el pueblo de Israel va a reconocer, en la ancianidad de su recorrido con Dios, al Salvador que vino por ellos y por todo el mundo.

El asombro de María y de José nos muestra que ellos cada vez aprendían más sobre Jesús, tanto por lo que Él mismo hacía o decía como por lo que otros decían de Él.

Dirigiéndose a María, Simeón pronunció otras palabras llenas de significado sobre Jesús: „Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos“.

En estas palabras se hace evidente la exigencia de decisión que trae consigo la venida de Jesús. El encuentro con Él saca al hombre de su indiferencia y lo pone frente a

la gran verdad, que ahora tiene un rostro concreto. ¿Es Jesús el Hijo de Dios o no lo es? Si la respuesta es afirmativa, entonces debo escucharlo y seguirlo. Si es negativa, entonces simplemente reduzco el encuentro con Él a un acontecimiento más de mi vida y no sucede ningún cambio.

Pero de hecho los pensamientos de los corazones se manifiestan, pues al tomar partido con respecto a Jesús se muestra si verdaderamente busco la verdad, si correspondo a la más profunda dimensión de mi humanidad y si me pregunto acerca de Dios. El Señor dejó esto en claro cuando dijo a los judíos que discutían con él: „Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais; pues yo he salido de Dios y he venido aquí. Yo no he salido de mí mismo sino que Él me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra“ (Jn 8,42-43).

¡Así se ponen de manifiesto los pensamientos de los hombres! Claro que para ello es necesario un verdadero encuentro con Jesús. Muchas personas nunca han escuchado nada sobre Él, otros están comprometidos en otras religiones, de las cuales unas existían incluso ya antes de su encarnación (el Judaísmo) o no reconocen plenamente a Jesús (el Islam), o simplemente lo incluyen en el propio sistema de creencias, sin comprender la grandeza de su Persona (el Hinduismo o el Budismo).

Sigue siendo un misterio el hecho de que nosotros hayamos recibido la gracia de reconocer a Jesús mientras otros no la han tenido. Solo Dios sabe el porqué y no hace falta que nos hagamos demasiadas ideas para comprenderlo, pues esto solo nos llevaría a una confusión.

Pero eso sí, aumenta nuestra responsabilidad que surge de haber reconocido al Mesías. Y cuanto más lo conocemos, tanto más crece esa responsabilidad. Debería arder en nosotros un amor que nos lleve a anunciar a este Mesías, al que muchos todavía están esperando.

Este amor ardiente es la presencia del Espíritu Santo, quien junto a nosotros busca a los hombres para llevarlos al encuentro con Cristo. Este encuentro puede darse de muchas formas. Lo que debemos tener muy en claro es que el Señor ha venido al mundo para salvar a los hombres y para conducirlos de regreso a la Casa del Padre Celestial.

El cumplimiento de esta gran misión es la ardua tarea que ha sido encomendada a la Iglesia, muy por encima de cualquier cooperación con el desarrollo social de la humanidad. Relativizar esta misión o renunciar a ella sería dejar de cumplir con el mandato del Señor: „Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado“ (Mt 28,19-20).